

VIRGILIO CORDOBÉS, FILÓSOFO NIGROMANTE DE LA ESCUELA TOLEDANA

La frescura del ingenio, la inventiva, la originalidad en el concepto y en la exposición de los filósofos de la escuela toledana, descuellan singularmente en la *Filosofía de Virgilio Cordobés*. Se nos ha transmitido en un códice de la catedral de Toledo, del que existen dos copias en la Biblioteca Nacional de Madrid, una en el fondo del P. Burriel, (13.011) y otra escrita por el eminente calígrafo Francisco Xavier de Santiago Palomares (6.463). En el Escorial se conserva otra copia del mismo Palomares (J-II-9). El texto del códice toledano fué publicado el año 1848 en la *Bibliotheca Anecdotorum* de HEINE, pero ha pasado casi inadvertido.

El original se supone compuesto en árabe por Virgilio, *nigromante y filósofo cordobés* (1), y traducido al latín en 1290. Sería curioso descifrar quién fué ese Virgilio, pero con los datos que poseemos es imposible. Cree Bonilla (2) que debió ser un clérigo toledano de los que frecuentaban o componían la escuela de traductores en el siglo XII o XIII, aunque yo juzgo que debió ser un cordobés. Sea quien fuere, perteneció, sin duda, a dicha escuela, y esto nos basta para deducir la importancia de su opúsculo. Pero todavía le dan más realce el fondo, la forma y las noticias que recoge acerca de la escuela toledana y de otras españolas de su tiempo en los siglos XII y XIII. He aquí cómo empieza:

«Virgilio Español, de la ciudad de Córdoba, a todos los que filosofan y estudian filosofía. Queremos transmitir lo que sucedió en nues-

bién la atención que el autor dé por cierto y averiguado sean de Prisciliano los opúsculos que SCHEPES le atribuyó. Finalmente, no se lee sin pena la afirmación tan rotunda, que hace el autor (p. 308), de la *caída* de Hosio y del luciferianismo de Gregorio de Elvira.

(1) BONILLA Y SAN MARTÍN, ADOLFO, *Historia de la filosofía española*, t. I, Madrid, 1908, p. 310.

(2) L. c., p. 315.

tro tiempo, a fin de que los eruditos aprendan más y los sutiles se hagan más agudos. Había desde antiguo en la ciudad de Toledo un Estudio General de todas las artes, especialmente de filosofía. Las clases estaban situadas fuera de la ciudad. A las de filosofía asistían todos los filósofos toledanos, que eran doce, los cartagineses, cordobeses, sevillanos, cántabros, marroquíes y muchos otros de distintos sitios, que venían a estudiar allí.»

«Disputando ellos a diario sobre toda suerte de cuestiones, llegaron a algunos puntos difíciles, acerca de los cuales no había concordia de pareceres por su misma dificultad. Todos estaban divididos, salvo los toledanos, que iban siempre a una contra los demás. Estando en esto, se decidieron a llamarme a mí, por la fama que yo había adquirido con mi ciencia, que unos llaman *Refulgencia* y otros *Nigromancia*. Yo les envié a decir que si querían escucharme trasladasen los Estudios de Toledo a Córdoba, por ser el sitio más sano y abundante de cuantos existen. Vinieron en ello cuantos estudiaban en Toledo; y llegados a Córdoba, me rogaron escribiera algunos libros de filosofía acerca de las cuestiones discutidas. Para satisfacerlos compuse éste, en el que todo cuanto hay es cierto y verdadero, tal cual *lo oímos de los Esbiritus*, los cuales es seguro que no han querido engañarnos. Y como ellos son antiquísimos y saben todo, es absolutamente cierto que lo que declaro en este libro es exacto.»

Esta ficción de la pregunta de los filósofos toledanos y demás reunidos en la ciudad imperial no deja de ser original y ofrece ciertos visos de orientalismo. La contraposición de la escuela cordobesa a la toledana es un dato digno de tenerse en cuenta, pues nos da a entender que el traslado de los estudios filosóficos, matemáticos y médicos, desde la ciudad de los Califas a la del Tajo, debió de causar impresión en la primera y producir cierta rivalidad. La nota de inferioridad de la escuela toledana, que tiene que consultar a un cordobés para solucionar las dificultades graves, indica que Virgilio debía de ser de Córdoba, y no se resignaba a que una ciudad, emporio antes de la ciencia, fuera sobrepujada por Toledo.

La cuestión que traía divididos a los filósofos, era la más grave que se podía imaginar. «Se trataba nada menos que de fijar *utrum esset prima causa aliqua, si existía o no una causa primera*. Las opiniones eran muchas. Unos decían que no existía, otros que era el sol, otros que la luna y las estrellas. Los toledanos defendían la existencia de la

primera causa, pero añadían que no aparecía y era invisible. Los más negaban esta doctrina. Los andaluces sostenían que el mundo existía *ab aeterno* y así permanecería siempre. Los marroquíes ponían tres: una que regía el mundo superior, otra el medio y otra el inferior. Los cántabros y todos los demás allende el Tajo se acostaban al parecer de los toledanos. Los cartagineses argüían de este modo: Si el cielo y cuanto en él hay se mueve cotidianamente, preciso es admitir que hay alguien que lo mueve, y ese alguien será la primera causa y el primer motor.»

«En esta divergencia de opiniones, continúa enfáticamente Virgilio, tomé la palabra yo y dije: Es indudable que existe una primera causa, y esta primera causa es género generalísimo, sobre el que no hay ningún otro, sino que de él descienden todas las cosas, como de su principio; y a él se reducen, como a su fin; y esta primera causa no tuvo principio, mas siempre fué, y es y existe, y es invisible e inmutable e inmovible, teniéndolo todo, haciéndolo todo, rigiéndolo todo y sustentándolo todo.»

«De aquellos filósofos que dijeron que no había causa primera, nada hay que hablar, pues son frívolos. Porque si no existe una primera causa, ¿quién hizo las cosas todas y las rige y las gobierna? Si el hombre racional, a quien todo obedece, pasa del no ser al ser, y del ser al no ser, alguien lo hace; ¿y quién es el grande y el poderoso que obra esto en el hombre y en los demás seres? Porque no hay duda que, si fuera posible, todos los hombres querríamos vivir eternamente en el mundo; pues veo que morimos contra nuestra voluntad. Luego existe un Ser grande y poderoso sobre todo, que es, sin disputa, la primera causa.»

Después de este párrafo, en que se prueba con toda la rigidez escolástica la existencia de un Ser infinito, rebate las opiniones de los que ponían la primera causa en el sol, la luna o las estrellas; porque no siendo entes racionales, de ningún modo pueden crear al hombre racional, pues nadie da lo que no tiene; y siendo movibles, no pueden ser la primera causa, que en su esencia encierra el concepto de inmovible. En todo esto llevaban razón los filósofos toledanos y los que con ellos opinaban, y Virgilio se admira de que los estudiosos de la ciudad del Tajo supieran tantas y tales maravillas, aprobándolas él plenamente.

«Los más difíciles de convencer fueron los filósofos andaluces,

que negaban la existencia de la primera causa, sosteniendo que el mundo existía *ab aeterno*. Me costó mucha fatiga sacarles de su idea; y tuve que trabajar para ello lo indecible junto con los Espíritus, rogándoles nos descubrieran la verdad. Los Espíritus me dijeron abiertamente que el mundo, ni había existido *ab aeterno*, ni existiría eternamente. Esta es la verdad. Animado por esta respuesta, les pregunté cuándo comenzó el mundo y cuánto tiempo duraría. Esta pregunta les dejó perplejos. Se reunieron en Consejo para ver de hallar la verdad; pero no pudieron; y me contestaron con incertidumbre, que unos creían que el mundo duraría siete mil años, otros diez mil, otros doce mil. Por tanto, tened en cuenta que si los Espíritus, que son tan inteligentes y sabios, que lo saben todo, no pudieron dar con la verdad de esto, menos podré yo, que soy hombre como vosotros. Básteos saber que este mundo no existió *ab aeterno*, ni existirá eternamente.»

«Acerca de este mismo punto dijeron algunos filósofos que había dos mundos: uno mayor, que se llamaba *macrocosmos*, y otro menor, o *microcosmos*. El en que estamos decían que era el menor, pero que había otro mayor e invisible. Pregunté acerca de ello a los Espíritus, si era esto verdad, y me respondieron que sí; que este mundo se acabaría, pero que el otro sería perenne y estable, y en él deberíamos permanecer siempre nosotros. Los marroquíes y algunos más ultramarinos sostenían que había muchas causas, una arriba, otra abajo, otra en medio, y cada una de éstas gobernaba su parte y las tres eran iguales. Pero esto es imposible; porque donde hay pluralidad, por fuerza ha de haber diferencia de dignidad; y donde hay diferencia de dignidad, hay disparidad; y donde hay disparidad, hay disensión; y donde hay disensión, hay destrucción; y si hay destrucción, hay aniquilamiento de todo; pero esto es imposible, porque cada día vemos que hay destrucción y construcción de cosas, luego hay una causa primera o no. Es así que no puede ser que el mundo exista sin esta primera causa; luego existe esa primera causa, la cual cada día destruye todo, y cuando quiere, lo destruye; y no hay más que una sola, en todas partes, es decir, arriba y abajo y en medio, atrás y adelante, a diestra y siniestra. Nada tuvieron que replicar a esto los filósofos marroquíes, porque así es la verdad.»

A continuación refuta Virgilio la opinión de los filósofos cartagineses, que creían que el sol, la luna y las estrellas se movían *inmediatamente* por la primera causa, haciendo ver que esto no es así, porque

entonces ésta sería mudable; sino que estos elementos y todo lo mueve el primer motor con su deseo y voluntad, pues su querer es su acción. En fin, al que le preguntare las cualidades y grandeza de la primera causa y cómo había sido hecha, responde así: Que no se puede medir, porque todo lo encierra; ni palpar, porque es espiritual.

Siguiendo las líneas de su ciencia nigromántica, establece dos categorías de Espíritus, benignos unos y malignos otros, que mueven e influyen en los siete planetas (Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno) y en los doce signos del cielo (del zodíaco). Estos son los Espíritus que le comunican a él la ciencia. «Pero debéis saber, añade, que los Espíritus malignos son muy deformes y feos, y tienen por su misma naturaleza un aspecto tan terrible, que no hay hombre en el mundo tan audaz que no se turbe y tiemble ante su vista. Algunas veces, sin embargo, reciben formas bellas y hermosas, singularmente cuando así se les ordena o quieren engañar a alguno.» Ellos, según Virgilio, son los que hacen obrar mal al hombre, levantan las tempestades en el mar, anegando a los navegantes, y, si se lo permitiera la primera causa, matarían inmediatamente a todo el género humano. Ellos son los que entran en los posesos, de cuyos cuerpos los había arrojado él muchas veces. En cambio, los Espíritus benignos son hermosos y sirven a la primera causa en todo. El número, tanto de unos como de otros, es infinito.

Al llegar a este punto, aprovecha el filósofo nigromante la ocasión para explicar su teoría acerca del *microcosmos*: «Debéis saber, dice a los filósofos, que este mundo pequeño es redondo, como un huevo; y así como veis que el huevo se compone de tres cosas, a saber, cáscara, clara y yema, así este mundo tiene tres cosas: fundamento, agua y tierra; y como la yema está rodeada de la clara, así está la tierra en medio rodeada de agua. El cielo es su cubierta, donde están clavadas las estrellas, y éste se mueve con todo su conjunto, quedando la tierra inmóvil, y cada veinticuatro horas da una vuelta completa.» «Y al decir algunos filósofos que los cimientos de la tierra estaban fijos en el cielo, nada dijeron, porque así está el agua bajo la tierra como sobre ella, circundándola por doquiera. El mar es mucho más profundo que la tierra, y si no lo impidiera la primera causa, cubriría con sus aguas la tierra entera. Todavía hay más: todos los ríos y todas las fuentes salen del mar y vuelven al mar; y si preguntáis por qué sus aguas no son saladas como las del mar, os responderé

que, al entrar en la tierra, se cuejan y pierden la sal; por eso las aguas que corren por la tierra son dulces.»

«Al discutir esto, sostuvieron algunos filósofos que había tres mundos, y el tercero estaba debajo de la tierra, y nosotros estábamos en medio; y cuando aquí era de noche, allí era de día, y tenían todo como nosotros, y vivían y morían. Para resolver esta cuestión, llamamos a los Espíritus malignos, que acudieron al instante, y les preguntamos si era verdad que existía otro mundo, como el nuestro, y nos contestaron que no, que no hay más que dos mundos, como antes dijimos. Sabed, asimismo, que este cielo visible es aéreo, y es aire coagulado y espeso, y en él están fijas las estrellas, unas arriba, otras en medio, otras abajo; unas se mueven y otras no. Cada una lleva su nombre, y todas son iguales; pero unas aparecen mayores y otras menores, por razón de su situación, más alta o más baja. También es cierto que la más pequeña de estas estrellas es mayor que la tierra, pues se ve en todas las partes de la tierra, y lo que se ve en todas partes es mayor que aquello desde donde se ve.» «A este propósito dijeron algunos comentadores que cada hombre o mujer tenía su estrella propia, y según el movimiento e influjo de aquella estrella, así era su suerte en este mundo»; pero como esto pertenece a la astrología, desiste su autor de seguir adelante.

A estas explicaciones sucede un tratadito sobre el alma. Para los marroquíes era el alma corpórea y engendrada con el cuerpo, y perecía con él. Unida a esta teoría iba la poligamia, defendiendo la imposibilidad de la continencia y el perjuicio que irrogaba a la salud. Los andaluces afirmaban que el alma era creada tan pronto como se comenzaba a formar el feto, que se componía de una especie de aire corruptible, y al informar el feto se hacía inteligible. Según los filósofos cartagineses, el alma no era otra cosa que la sangre, porque mientras ésta permanecía en el cuerpo, vivía el hombre, y al desaparecer, moría. Los toledanos, en cambio, sostenían que el alma era un ser espiritual e inteligente y racional y sensible y hacía mover el cuerpo y crecer y mudarse de lugar en lugar. Para los leoneses era el alma cosa admirable, pero su naturaleza se componía de un aire no corruptible, sino purísimo, como el que está en los astros. Los cántabros y los castellanos admitían que era espiritual y poseía el libre arbitrio. No faltó quien dijera que las almas eran tales, cuales son los Espíritus malignos, que en España se llaman Brujas y Strías o *Pesada*, que hacen soñar y otras cosas abominables con los hombres. Censura Virgilio a los que creen

el alma corpórea o compuesta por ese aire sutil, corruptible o incorruptible. Aprueba a los que defienden su espiritualidad, que es forma del cuerpo, y añade que vivirá eternamente. Acerca del momento en que el alma informa al feto, escribe: «Cuando está todo el cuerpo completo con sus miembros, entonces inspira en él la primera causa y crea el alma en ese cuerpo; y al punto vive el cuerpo y mueve todos los miembros, y siente; y como crea un alma, así crea mil y diez mil en un abrir y cerrar de ojos en sus cuerpos. No hay diferencia entre alma y alma, y lo mismo es al ser creada que a los cien años, porque ni crece ni disminuye en cantidad y calidad. A cada una la adorna la primera causa con dotes y gracias especiales. Al ser creada, es pura, como el sol, pero luego la manchamos nosotros con pecados. Está toda en todo el cuerpo y en cada una de sus partes. Sin embargo, dice que la mayor parte del alma está en el corazón del hombre, la segunda en la cabeza, y la tercera esparcida por todo el cuerpo; y ella oye, y ve, y habla, y huele, y siente, y aunque el cuerpo sea rasgado, no se corta ni se rasga el alma, por ser espiritual. Es, además, eterna, y no será aniquilada. Sobre la unidad del intelecto (cuestión provocada por Averroes) tiene un párrafo hermoso. A continuación hace una alabanza del alma de los españoles, que son los más robustos, valientes y animosos del mundo en la pelea. Rechaza la teoría de la trasmigración de las almas, y a renglón seguido enumera algunas proposiciones para que puedan argüir sobre ellas. Son una especie de aforismos, algunos bastante inmorales.

Son curiosas las advertencias que hace sobre la disputa. «En la disputa, dice, es necesaria gran cautela. El que responde, debe, ante todo, ver si los argumentos de su adversario están en forma. Si pecan en el modo, figura, forma, o materia, nada valen, y los debe despreciar. Si estuvieren en forma, el defendiente los debe primero repetir, y después resolver. La solución se ha de dar o por medio de una distinción, o negación, o semejanza, o razón contraria, y si instare el oponente, debe hacer lo mismo.» Distingue dos géneros de disputas: una a la que asiste el profesor como juez, y otra entre dos o más iguales. A ésta la considera aparente e infinita, porque en ella los contrincantes no buscan la verdad, sino defender con argucias su opinión. La disputa debe versar siempre sobre la cosa, no sobre su nombre. El buen disputador ha de ser audaz, temerario, desvergonzado y buen hablador. El tímido y vergonzoso, no vale para ello. Recomienda mucho en la disputa el que hablen despacio y en lenguaje inteligible. A este propósito escribe

unas líneas muy interesantes respecto del latín y *romanza* de entonces. Dice que «unos hablan latín llano, otros latín griego, caldeo, hebreo o morisco, y así no se entienden mutuamente». «Añade que es digno de reprensión el que habla latín romanizado (*circa romançum*), principalmente ante los laicos, que le pueden entender.»

Al final de la obra tiene una página preciosísima para la historia de la cultura española de los siglos XII y XIII. Juzgamos oportuno traducir sus principales datos. Helos aquí: «Los maestros de todas las artes en España comenzaban siempre sus lecciones el primero de octubre, y leían hasta el mes de mayo. Sin embargo, había algunos que comenzaban sus clases a principios de septiembre; pero, a causa del calor, desistieron, y comenzaron también en octubre; porque entonces comienza el tiempo a refrescar, y los hombres están mejor dispuestos para el estudio, porque comen más y beben menos. Además, son las noches más largas y pueden velar mejor.»

«Los filósofos maestros que entonces había en España eran los siguientes: cinco portugueses, siete leoneses, diez castellanos, tres navarros, cinco aragoneses, doce toledanos, siete cartagineses, cinco cordobeses, a saber: yo Virgilio, Séneca, Avicena, Aben Royz y Algazel. Los sevillanos eran siete y los marroquíes y ultramarinos doce. Todos éstos estaban juntos en nuestro estudio cordobés. Algunos de entre ellos leían sobre sus materias, otros no. Había más de siete mil escolares. Tres de entre los filósofos toledanos eran maestros de Astrología, a saber: Calafataf, Giliberto, Aladasanc; otros tres eran maestros de Nigromancia, de los cuales fuí *yo discípulo en Toledo*. De ellos aprendí cuanto sé. Sus nombres son: Filadelfo, Liribaldo y Floribundo. Los otros filósofos eran maestros de Piromancia y Geomancia y de otras ciencias. Estos se llamaban: Beromandrak, Dubiatafac, Aliafil, Quonaalfac, Mirrazanfel, Nolicarano. Estos eran en nuestro tiempo los doce filósofos toledanos, y siempre iban a una contra los demás, y casi siempre vencían. Compusieron muchos libros de filosofía en árabe y de otras ciencias.... De entre estos filósofos tres eran médicos tan famosos que curaban todas la enfermedades, y el que caía en sus manos no moría.

»En Córdoba había siete maestros de Gramática, cinco de Lógica, tres *de naturalibus*, dos de Astrología, uno de Geometría, tres de Física, dos de Música y del arte del órgano, tres de Nigromancia, de Piromancia y de Geomancia, y tenían clase diariamente. Había, además,

un maestro de *Notoria*, que es ciencia santa, y sólo debe ser enseñada por los santos.»

A estos preciosos datos, que, si no responden absolutamente a la realidad, dan una idea aproximada de lo que debían ser en aquella época los estudios cordobeses y toledanos, sigue una leyenda sobre la ciencia de Salomón adquirida por esta arte *Notoria*, la cual termina con un episodio ficticio verdaderamente singular. Dice que Alejandro subyugó a todo el mundo menos a los españoles. Al llegar a Jerusalén entró en el templo acompañado por su ayo y maestro, llamado Aristóteles. Habiendo éste visto allí los libros que componían la biblioteca de Salomón, se los llevó consigo. Comenzó a estudiar por ellos y en ellos aprendió toda su ciencia. De lo que concluye que la ciencia adquirida es buena.

Vuelve otra vez a enumerar unos cuantos aforismos filosóficos, entre los cuales aquel famoso *Nihil est in re quod prius non sit in intellectu*, exhorta a los españoles a volverse a Dios, «que es la primera causa, sin principio ni fin, que creó el cielo y la tierra, y cuanto en ellos hay, de la nada, al que todo obedece y sirve, y es espíritu increado, Trino y Uno»; y termina con estas palabras: «Por fin, yo, Virgilio, pido a todos los filósofos que enseñan filosofía que leáis este libro en vuestras clases y lo déis a leer a otros, a fin de que, leyéndolo y oyéndolo, creáis firmemente en este Dios, pues hasta hace poco todos anduvimos errados.....; pero ahora, conociendo al verdadero Dios, debemos creer en él firmemente con todas nuestras fuerzas y amarle muy de veras.»

Por colofón lleva el tratado estas palabras: «Este libro lo compuso Virgilio, filósofo cordobés, en árabe, y fué traducido del árabe al latín en la ciudad de Toledo, el año del Señor 1290.»

Dice Bonilla y San Martín: «Probablemente el autor de la *Virgilii Philosophia* fué algún clérigo toledano, a cuyos oídos llegó (quizá merced a los trabajos de Miguel Escoto) la misteriosa fama de las escuelas de su tierra. El *Sendebear*, las *Flores de Filosofía*, el *Libro de los doce Sabios*, le proporcionaron el marco oriental en que supo encajar la trama de su libro; pero careció de la suficiente habilidad para ocultar la superchería» (1).

(1) *Historia de la filosofía española*, t. 1, Madrid, 1908, p. 315.

Concedamos que hay en la forma del tratado virgiliano mucho de fantasía: esa comunicación con los Espíritus, ese trasiego de filósofos de la ciudad del Tajo a la de los Califas, esa disputa pintada por él tan al vivo, esos filósofos, con nombres sospechosos. Admitamos asimismo que las explicaciones cosmológicas (movimiento del sol, etc.), y algunos conceptos referentes al alma (como el momento en que informa al feto) son dudosos, discutibles y aun inexactos; pero siempre quedará en pie que el núcleo de la obra encierra un fondo filosófico de verdad incontrastable, cual es el que existe una causa primera, eterna, infinita, que creó todo de la nada y lo sostiene con su omnipotencia, y que en el hombre hay un principio espiritual, simple y eterno, que se llama alma.

Aparte de esto, es el libro de Virgilio reflejo fiel de lo que entonces se pensaba sobre estas cuestiones, del interés que ellas suscitaban, del movimiento de la escuela filosófica toledana, a la que acudían nacionales y extranjeros, y una página de nuestra cultura, deliciosa y romántica.

ZACARÍAS G. VILLADA.

TODAVÍA UNA PALABRA SOBRE “DEFINICIONES EX CATHEDRA OLVIDADAS,,

En el fascículo primero del presente año de la acreditada revista *Zeitschrift für kathol. Theol.*, el R. P. Straub, S. J., dedica unas cuantas páginas, 79-84, al examen de dos modestas notas que publicamos en ESTUDIOS ECLESIASTICOS con el título «¿Definiciones *ex cathedra* olvidadas?» (1). Recordarán quizá nuestros lectores que de entre los varios ejemplos, que en su egregio tratado *De Ecclesia* propone el Padre Straub como definiciones *ex cathedra* olvidadas, habíamos nosotros escogido y estudiado dos por vía de ejemplo, las dos que nos

(1) T. 5 (1926), pp. 438-442; t. 6 (1927), pp. 96-103.